

# EL MONASTERIO.

---

LEYENDA NACIONAL.

1815.

A MI QUERIDO AMIGO D. RAMON HURTADO.

## INTRODUCCION.

De la preciosa libertad los dones  
Apenas goza la chilena tierra;  
Conserva aun los gruesos eslabones  
De la dura cadena que la aterra.  
Son aquellos los rayos de consuelo  
De ese adorado sol que brilla puro  
Solo si luce en azulado cielo,  
Que el humo del cañon tenia oscuro:  
Son ellos el perfume que derrama  
Aquella flor, cuyo jentil capullo  
Timido, no abre donde el viento brama  
Del atrevido i opresor orgullo.

En otros tiempos un dichoso asilo  
Ella encontró en los campos deliciosos,  
Que juntan ese mar limpio i tranquilo  
Al pie de nuestros Andes majestuosos.  
Ella mezclaba entónces su hermosura  
De nuestra tierra a los adornos varios

Brindándola su aroma con ternura,  
 Enredada en sus bosques solitarios;  
 Do no oía en los soplos hechiceros  
 Del aura que vagaba por el llano,  
 Mas que el son de los raudos mensajeros  
 Que los Andes envían el Océano.

Allí en silvestre soledad crecía,  
 I, sin temer los cierzos destructores,  
 A par con la natura sonreía  
 I entrambas se brindaban sus amores.

Una morada mas risueña i pura  
 Jamas pudo encontrar; a cada paso  
 Mil cortinas i chozas de verdura  
 La ofrecían albergue en su regazo.

Altos i hermosos cerros, pradería  
 I lagos de cristal eran su asiento,  
 Que, cual reflejo suyo, lo cubría  
 El mas azul i aéreo firmamento.

Allá a sus pies, sobre sus playas solas  
 El verde mar con suavidad se mece,  
 I al bañar la ribera con sus olas  
 Con tranquilo murmullo la adormece;;  
 I su suelo se extiende hasta la planta  
 De la hermosa i nevada cordillera  
 Que cual copo de espuma se levanta  
 Formándole blanquizca cabecera;  
 Brillante trono adonde Dios cansado  
 Del constante bullicio de su mundo,  
 Se baja alguna vez, i allí extasiado  
 Goza de su silencio tan profundo.

Pero ese suelo virgen sintió un día  
 El peso de una planta que lo hoyaba  
 I que de extraña tierra a él venía  
 Buscando los tesoros que guardaba.

Entónces a sus quietos habitantes  
 Las armas de la guerra deslumbraron,  
 Que a través de sus pechos palpitantes  
 En su hermosa morada penetraron.

Aquel sol que sus rayos confundía  
 Con el puro esplendor de aquel recinto,  
 Cruza entónces su atmósfera sombría  
 I en él seca la sangre en que está tinto.

Ese suelo risueño, entónces muerto,  
 Sirve a un tigre sangriento de guarida,

Como al gusano el lirio del desierto  
 En su cándido caliz triste anida;  
 Caen sobre el tres siglos i alimentan  
 Del monstruo fiero los deseos bravos,  
 Cuando en su torno el número acrecientan  
 De los que nacen para ser esclavos;  
 En cuyos pechos si a brillar se atreve  
 De libertad un dulce pensamiento,  
 Lo busca al punto algun acero aleve  
 I lo ahoga con sangre i con tormento!

Mientras de la abyeccion la nube oscura  
 Con lóbrego vapor cubre ese suelo  
 I encapota su espléndida hermosura,  
 Astros habia en el azul del cielo!  
 Aquel raudal de llanto que lo ahogaba  
 Vertido por la rabia i el tormento  
 Convertido en nublado no se alzaba  
 I cubria su limpio firmamento,  
 Para bajar tornado en lluvia fria  
 I en helados i rápidos torrentes,  
 Que hiciesen a esa odiosa tiranía  
 Espirar arrastrada en sus torrentes!

I la hermosa montaña que testigo  
 Habia sido de su albor pasado,  
 Ahora mira en el fiero enemigo  
 Que en su seno rabioso se ha cebado;  
 I se estremece al ver desde su aliura,  
 Que en sus verdosas ondas el Océano  
 Trae lleno de rabia i de bravura  
 A sus playas talvez nuevo tirano:  
 I ve que al pobre suelo mas valiera  
 Arrojarle sus moles blanquecinas,  
 Que a lo ménos entónces libre fuera  
 El ave que habitara entre sus ruinas.

I a ese pueblo, que, al ver que nada alivia  
 De su cautividad el cruel tormento,  
 Maldice, al fin, la mano de Valdivia  
 Que a su triste prision abrió el cimiento,  
 En donde yace viendo, sometido,  
 De un feroz carcelero el rostro airado,  
 Cuyo furor se enciende si a su oido  
 Llega el son de su grillo ensangrentado;  
 Solo ofrece por dicha i por amparo  
 Traerle por sus faldas i en la briza

El último suspiro de Lautaro,  
Que de Arauco en las aras agoniza.

Allí tan solo, entre la selva hermosa,  
De nuestra libertad mansion postrera,  
Ella se esconde tímida i llorosa  
Contra la hueste que la sigue fiera;

Allí tan solo, en ignorantes pechos  
Ella encontró baluartes poderosos,  
Que jamas la entregaban, si deshechos  
No eran por mil aceros sanguinosos:

Entónces con el alma del valiente  
Se volaba dejando sobre el suelo  
De sangre un mar, cuyo vapor ardiente  
La conducia con alhago al cielo.

Chile era esclavo; pero un grato día,  
Salvando de los mares la distancia,  
La atmósfera de guerra en que lucía  
El astro esplendoroso de la Francia,

Envio sobre la América un destello  
Vivo i abrazador de su luz clara,  
Que en ella relució mas dulce i bello  
Que el brillo de las joyas que costara; (1)

En Chile reflejose i el sendero  
De las victorias alumbró al patriota,  
Hasta que allá en Rancagua, lastimero  
En la sangre se ahogó de una derrota.

Volvió a dormirse Chile en desventura;  
Pero en su sueño triste ver creia  
Lucir de libertad estrella pura  
En medio de su atmósfera sombría.

“ I a sus ténues reflejos las espadas  
Brillar de mil chilenos, que al caduco  
I fiero pecho del tirano, airadas  
Se lanzaban en Maipo i Chacabuco;

I allí elevarse espléndidos altares,  
Donde bañada en plácida alegría,  
Entre música, inciensos i cantares  
La Libertad sus hijos bendecia!

Desprendiéndose entónces silenciosos  
De ese sueño talvez limpios vapores  
Se elevan a los Andes i armoniosos  
Los visten de proféticos colores:

(1) La reina Isabel, esposa de Fernando el Católico, vendió las joyas de su Corona, para costear el viaje de Colón a la América.

La niebla azul que por su falda vese  
 I sobre ella la nieve blanca i pura,  
 Que cuando en el Ocaso el sol se mece,  
 En las cimas sonroja su blancura; (2)  
 Formaban ya el emblema de victoria  
 Que en mil llanos de sangre, independiente  
 Chile debia ver ondear con gloria  
 De libertad al hechicero ambiente.

Ese mismo estandarte, que orgulloso  
 El cadáver cubriendo del patriota,  
 Debia darle sombra en su reposo  
 Viendo a su lado su cadena rota:

I recibir entre sus pliegues bellos  
 La dulce vibracion de los cantares,  
 Que habian de guardar en medio de ellos  
 Los pechos de sus bravos militares;  
 Que con sus triunfos embriagados, fieles  
 Pisoteando al tirano con encono,  
 De despojos sangrientos i laureles  
 Le habian de erijir inmenso trono.

I entónces en los Andes se extendia  
 Que hermosos dilatándose a lo léjo  
 A Chile su pendiente dia a dia  
 Mostraba el porvenir, cual limpio espejo.

Los miseros esclavos se estasiaban  
 Talvez, en contemplar esos colores,  
 Que desde el suelo espléndidos se alzaban  
 Huyendo, al parecer, de sus horrores:

I subiendo del monte a la alta frente  
 Para endulzar los asperos senderos  
 Por donde a hacer a Chile independiente  
 Debian descender otros guerreros. (3)

## I.

El amor, como todas las cosas ra-  
 diantes, necesita sombra para brillar  
 mejor.

DUMAS.

Santiago en calma yace: era sombría  
 La noche que la atmósfera enlutada  
 I en el espacio un ruido no se oía  
 Que turbara el silencio que reinaba:  
 El viento que las nubes revolvia  
 La desierta ciudad solo habitaba,

(2) No es esta una pintura imaginaria: he visto así a los Andes durante el crepúsculo de una tarde de julio.

(3) El ejército libertador-unido, a las órdenes del Jeneral San-Martín.

I al verse solo, algun fugaz suspiro  
A veces lanza en su revuelto jiro.

Los espesos nublados se revuelven  
Cual funebres crespones vaporosos,  
Que en el oscuro cielo se disuelven  
Ocultando los astros luminosos;  
Las altas torres con su manto envuelven,  
De la ciudad guardianes silenciosos,  
Que se alzan en la sombra con misterio  
Como espectros en negro cementerio.

Pueblo desventurado! Cual te sienta  
Por las sombras estar así cubierto!  
La desesperacion triste se asienta  
En tu recinto al entusiasmo muerto.  
Viste lucir el rayo en la tormenta,  
Jóven bajel, i a su esplendor incierto  
Luchaste con vigor; algunas horas  
El te alumbró sobre ondas bramadoras.

Tú esperabas la calma; calma vino;  
Mas no a besar tu vencedor costado.  
No a brindarte un mas plácido camino,  
Sino a verte en la playa destrozado!  
Mas léjos que jamas de tu destino,  
Ves tu horizonte entónces mas nublado.  
La libertad es puerto mui hermoso;  
Pero su mar inmenso i tempestuoso.

Eras, Chile, la tumba de tí mismo.  
Solo el puñal de tu opresor tirano  
Fiero lucia en tu sombrío abismo,  
Como callado i roedor guzano.  
No te quedaba nada; el patriotismo  
Soltó la espada de su herida mano:  
San Carlos, Yervas-buenas te alumbraban;  
Pero entónce en Rancagua se apagaban.

En tu frio letargo no sentiste  
Arrancarte a tus hijos que los mares  
Ail conducian a una tierra triste  
De proscripcion de llanto i de pesares:  
Desde tu sima funéral no viste  
Otros subir los Andes a millares,  
Que huian de su patria lastimera,  
Ahogados por su lágrima primera.

Sin poder, infeliz, calmar su espanto  
Con otras esperanzas de victorias

Tú quedabas regando con tu llanto  
 El ataud de tus primeras glorias.....  
 El gozo de los hombres, su quebranto  
 Son como realidades ilusorias:  
 Lágrimas o sonrisas les aparecen  
 I sin cesar ante él se desvanecen:

Ese misterio llámase destino.  
 I esas diversas formas con que aterra,  
 O llena al hombre de placer divino  
 Bajan del cielo o nacen de la tierra?  
 Se presentan, no mas, en su camino;  
 El ojo del espíritu se cierra  
 O halla de nada la mansion obscura,  
 Si atrevido su oríjen ver procura.

I son así la sávia de la vida.  
 El alma se alimenta de impresiones  
 Que la mantengan siempre conmovida:  
 No hubo tiempo jamas sin estaciones.  
 ¿Es mas grato el vivir cuando cabida  
 Hallan en él las dulces sensaciones  
 O cuando cruel lo ajita la dolencia?  
 Quien sabe! todo al fin es existencia....

'' Entónces tú llorabas, patria amada!  
 Enjugando tu pálido semblante  
 Viste luciendo tu infeliz espada  
 En el poder de tu opresor triunfante:  
 Luego la arrancarás con mano osada  
 Para hundirla en su pecho palpitante,  
 I para hallar despues de la victoria (4)  
 Otro sepulcro para tí i tu gloria. (5)

Sublime libertad! porque es preciso  
 Que sangre sea tu terrible abono?  
 ¿Porque en la tierra es débil, indeciso,  
 Sino se alza en cadáveres tu trono?  
 ¿Porqué cuando tu voz escuchar se hizo  
 En las armas repítese su tono,  
 I en vez de son de dulce melodía,  
 Resuena cual suspiro de agonía?

En la tierra do estas, libertad, que eres?  
 El vapor de la sangre! es necesario  
 El cruel edor de mutilados seres  
 Para que vivas: naces de un sudario!

(4) Chacabuco.

(5) Cancha-rayada.

Talvez para que luego desesperes  
 En las manos de un hombre sanguinario.  
 Tú tambien tienes vida i tambien lloras;  
 Son de llanto i placer tambien tus horas!

Una vez conquistada, como el duelo  
 Puede mostrarse en tu radiosa frente?  
 Si eres, oh libertad! un don del cielo,  
 Porque te hueya el hombre indiferente?  
 Es que entónces espías sobre el suelo  
 La muerte de tus víctimas, doliente,  
 En sus tumbas, que fueron, ai! las aras  
 Do con el vencedor te desposaras.

Ese mismo, quizás, que de poseerte  
 I contemplarte siempre fué sediento,  
 De tí causado, luego querrá verte  
 Abandonar tu pedestal sangriento.  
 I verás, sin que puedas defenderte,  
 Tus rotas galas entregar al viento  
 I serás pobre estatua destrozada  
 Miserable sarcasmo de la nada!

Tiende infeliz tus suplicantes manos,  
 Patria de amor! desconsolada llora  
 A los pies de tus barbaros tiranos;  
 Ellos te martirizan solo ahora.  
 Despues veras que, bárbaros hermanos,  
 Tus hijos en batalla destructora, (6)  
 Han de mezclar sin compasion ni espanto  
 Tu misma sangre con tu triste llanto.

Ahora solo te hallas desgraciada  
 Caida en una noche borrascosa  
 Del tiempo de la gloria; la alborada  
 Va a lucir pronto para tí radiosa.  
 Entónces tu verguenza ya pasada  
 Esconderas bajo su ropa hermosa,  
 Como ella ahora sobre tí se mece  
 I tus triunfos pasados obscurece.

Resonó en el silencio una pisada  
 I dibujarse apénas se divisa  
 Una negra figura, que callada  
 Por lo obscuro lijera se desliza,  
 En una calle sola i estraviada;  
 Deteniéndose luego el suelo pisa  
 Al pié de una ventana mui pequeña,  
 Que apénas en la sombra se diseña.

(6) Los combates de Ochagavia i Lircay.

Al punto entre los fierros de la reja  
 Turba la obscuridad el blanco suave  
 De un rostro anjelical, que ver se deja  
 Como en sombrías aguas cándida ave.  
 Una mano bajó, i en tierna queja  
 La ráfaga del viento al pasar grave  
 Llevó en sus frias alas el sonido  
 De un beso que aun en ellas fué encendido:

«Cuanto te haces desear!»—tierna murmura  
 La voz mas melodiosa—no te veo  
 Sino en la sombra de la noche oscura  
 I aun me das el tormento del deseo!»  
 —«Mas no tienes mi amor? él se apresura  
 Mas presto que mis pasos»—«Sí, lo creo;  
 Pero él no calma mi impaciencia loca  
 Si cuando lo escucho por su boca!»

«I que quieres, mi Clara, que te diga  
 Cuando todo lo sabes?»—«Oh! que me amas!  
 Si; mi dolor, Ricardo, se mitiga  
 Solo cuando oigo que tu amor me llamas.  
 Dilo para que mi alma lo bendiga  
 Con ese mismo ardor con que la inflamas:  
 Desde anoche no sé porqué la duda  
 Me ha atormentado el corazon aguda.»

—«Qué loca eres mi amor! no estas segura?  
 Mil i mil veces no te lo he jurado,  
 Que te amo, que te adoro con locura?  
 Por qué ahora tan solo lo has dudado?  
 No pienses eso; piensa en la ventura  
 De que voi a gozar luego a tu lado,  
 En mi delirio piensa, en mi embeleso;  
 Eso sí, Clara mia, hablemos de eso!»

—«Sí, anoche me juró tu vos hermosa,  
 Que yo siempre seria tu querida;  
 Yo te juré seguirte, ser tu esposa  
 I todo abandonarlo por la huida.  
 Cuando en tu corazon mi alma reposa;  
 Ahora que tu amor va a ser mi vida,  
 No sabes que sin duda moriria  
 Si llegase a fallarme en algun dia?»

«Ah! repíteme, di, Ricardo mio,  
 Que no me dejaras abandonada;  
 Mi vida toda entera te confio,  
 Oh! por piedad, no la hagas desgraciada!

Dí que no harás mi porvenir sombrío,  
 Que no querras mi muerte!...—«Clara amada...!  
 Quedaron en silencio... el aura fría  
 Los sollozos de Clara repetía.

Una gota de llanto derramada  
 Por unos bellos ojos, los jemitos  
 Trémulos de una voz apasionada,  
 En el silencio de la noche oídos,  
 Deben dejar el alma enajenada,  
 Deben dejar sin vida los sentidos;  
 Porque mientras oyolos el ambiente  
 Ambos bajaban, sin hablar las frentes.

Una lágrima es, ai! regalo triste  
 Que el alma compasiva hace a los ojos;  
 Si el semblante con ella no se viste  
 Sería despreciarla, darla enojos.  
 I cuanto sufren ellos si resiste,  
 Cuando cansados de mirar abrojos  
 I secos del dolor en el estio,  
 Le piden esa gota de rocío!

Es el rico diamante que precioso  
 Adorna siempre del amor la frente,  
 I ya el dolor del pecho, ya su gozo  
 Deja ver en su brillo transparente.  
 I quien jamas lo ha visto mas hermoso  
 Si esa joya no vístelo inocente?  
 Sin el llanto el amor nunca enamora:  
 Si en la flor no hai rocío, no es la aurora.

Cuando ella extiende su rosado manto  
 I deja caer su lluvia cristalina,  
 Todo yace en silencio; solo el canto  
 Se oye del ave que a su vista trina.  
 Era por eso que silencioso tanto  
 Causaba su tristeza repentina  
 A nuestros dos amantes: la armonía  
 Cada cual en su pecho la sentía.

—«Ah! por qué estas tan triste, mi hechicera?»  
 Dijo Ricardo al fin;—con un sollozo  
 ¿Por qué tu pecho de ángel, ai! me espera,  
 Cuando de dicha i de placer rebozo?»  
 —«Yo tampoco lo sé; mas, si pudiera  
 No lo haría, Ricardo.»—«Cuando gozo  
 Del placer de que voi a poseerte,  
 Te entristeces i temes por tu suerte!»

—«No, bien mio, no temo; pero mira,  
 Cuando pienso que todo lo abandono  
 Para ser tuya, el corazon suspira,  
 Porque esa falta yo no me perdono;  
 I aunque mi alma por ella aun delira,  
 Siento mi ingratitud, el abandono  
 En que dejo a la madre de mi infancia,  
 Que protejióme siempre con constancia.

Ella cuidé de mi niñez temprana,  
 Me dió entónces familia i hoí mi suerte;  
 I en cambio cruel, ahora que es anciana  
 La voi a abandonar i a dar la muerte!  
 I sí despues de ser tan inhumana  
 Me castigara Dios, ai! con perderte,  
 De cruel remordimiento perseguida  
 I de dolor, di, cuál será mi vida?»

—«Mas, por qué tienes hoi tales temores?»

—«Yo no sé porque todo me da pena:  
 Desde que existen, ai! nuestros amores  
 Una noche jamas hubo serena;  
 I pensar que han crecido en los horrores  
 De las nocturnas sombras, mi alma llena  
 De un cruel presentimiento, un temor frio:  
 Su porvenir será tambien sombrío!

Esto me pone triste i recelosa.»

—«Qué locura, mi amor! crees que la estrella  
 No derrama su luz, por que envidiosa  
 No podria mirarte a ti mas bella;  
 I tú, tan inocente, tan hermosa  
 Eres la luz que en su lugar destella,  
 I que relucirá siempre querida  
 Entre las negras sombras de mi vida.

«El porvenir no temas, dulce Clara;  
 No sabes que la tuya es mi existencia?  
 Si la muerte, mi bien, no nos separa,  
 Crees que pueda no estar en tu presencia?  
 I por tu madre, que tambien me es cara  
 Entrambos velaremos en tu ausencia;  
 Nada dejes de darme; de ese modo  
 Todo te deberé i seré tu todo.

«Si me haces tan dichoso, por qué lloras?  
 ¿Porqué te causa pena mi ventura?  
 Piensa tan solo en tus dichosas horas,  
 Que bañaré de amor i de ternura,

Tú, mi dulce ángel, todo lo enamoras;  
 I aun del mismo tormento la amargura  
 Vendrá a darnos alhago, si la hechiza  
 Tu encantadora i celestial sonrisa.

—«Pero si en este tiempo peligroso  
 De guerras i de sangre, algun combate  
 Viene a turbar mi dicha i mi reposo  
 Cuando de entre mis brazos te arrebate?»

—A la voz de la Patria, presuroso  
 Iré contra el tirano que la abate;  
 Mas tu recuerdo llevaré i espero,  
 Que así mi pecho no helará un acero.

«Sí, volaré donde su voz me llama!  
 Ella es mi amor despues de tí mi hermosa....  
 No tengas celos de ella, tambien te ama,  
 Porque eres tú su gala mas preciosa,  
 Si hoi a sus hijos infelices clama,  
 Les llamará despues libre i gozosa,  
 I entónces me dará lauros i bienes  
 Con que hacerte feliz i ornar tus sienas.

«I entónces, imajina con qué hechizo  
 Juntas en una sola nuestras vidas,  
 De cada instante un dulce paraíso  
 Haran al deslizarse confundidas.....  
 ¿No ves el porvenir cual lo diviso?  
 Todo, al pensarlo, como yo, no olvidas?  
 —«Oh! todo, todo, sí, mi bien querido!  
 Cuando escucho tu voz, todo lo olvido.

«Sí, necesito oír tu voz i creerte  
 Para embeberme en mi delicia ufana  
 Para poder pensar solo en quererte,  
 Para que toda pena sea vana.»

—«No temeras ahora por tu suerte?  
 Sin pena serás mia?»—«Sí; mañana,  
 Unidos ya con los eternos lazos  
 A tu Clara tendrás entre tus brazos.»

—«Asi es como te adoro, Clara hermosa;  
 Asi es como al oírte me embeleso!  
 Yo te lo juro, sí, serás dichosa.  
 Te seré fiel, si de vivir no ceso.  
 Desde ahora, amor mio, eres mi esposa....  
 —«Tengo sed de tus labios.... dame un besó!»—  
 Entrambos, atraídos se acercaron  
 De modo que sus bocas se estrecharon.

Oh! tan dulce como es, tan delicioso  
 Prenderse de unos labios palpitantes,  
 Que bañan con su aliento delicioso  
 Como en mar de delicias embriagantes!  
 ¿Cómo es que el corazón ahogado en gozo,  
 Puede sobrevivir a esos instantes?  
 Se siente una emoción... un embeleso  
 Solo al trazar esa palabra: *beso*...!!

Es quien bebe feliz cuando reboza  
 La copa celestial de los amores,  
 Como la blanca i pura mariposa  
 Chupa el jugo aromado de las flores.  
 Jamas, jamas una mujer hermosa  
 Se vé con mas fantásticos colores,  
 Que entre la nube de embriaguez i amor  
 Que hace surgir de un beso el dulce ardor....

Interrumpiendo entónce aquel momento,  
 Doce veces sonó lenta i lejana,  
 Repetida en las ráfagas del viento,  
 La triste vibración de una campana.  
 Ricardo suspiró i con tierno acento  
 Dijo:—adios, ángel mio, hasta mañana:  
 Para esperar que venga, tu ternura  
 Me ha llenado de dicha i de dulzura.»

—«Adios! ¡cuánto aborresco esta hora odiosa,  
 En que todas las noches tú te alejas,  
 Sin que sepa porqué; siempre llorosa,  
 Sin responderme nunca, tú me dejas.»  
 —«Duerme, hechicera, duerme i amorosa  
 En ensueños de amor torna tus quejas.  
 Mi corazón te dejo, que alhagüeno  
 Velará mientras goces de tu sueño.»

I apurando las últimas caricias  
 Separáronse al fin los dos amantes;  
 De inefables i lánguidas delicias  
 Anegados sus pechos palpitantes;  
 En medio de esas mil formas ficticias,  
 Que en nuestro alrededor andan flotantes,  
 Como incienso de amor, que espeso vaga  
 Un aliento mintiéndonos que embriaga.

Instantes celestiales! porque el mundo  
 De nuestros pies entónce se retira,  
 I el corazón en éxtasis profundo  
 En extraña mansion de amor delira.

Brillante cielo en ilusion fecundo,  
 Donde el pecho placer solo respira;  
 Donde el alma extasiada allí se siente  
 Llevar en brazos de vision ardiente.

Entónces mira el corazon dichoso  
 Esa imájen jentil de su ventura  
 Vagar en un recinto luminoso  
 Deslumbrante de brillo i hermosura.  
 El pensamiento síguela con gozo  
 Formándole una nube de ternura,  
 Que en sus aéreas alas la conduce,  
 Do con bello esplendor ella reluce.

¡Con que tierna emocion él sus destellos  
 Dichoso absorbe! ¡Con que dulce encanto  
 Se transforma tan cándido como ellos  
 Cuando lo dora su reflejo santo!  
 ¡Como en esos instantes, ah! tan bellos,  
 Vagando en su contorno sin quebranto  
 I lleno de dulcísima alegría,  
 La aletarga cual plácida armonía!

Mas si todo ha pasado, si el olvido  
 Ha estendido sus sombras aterrantes  
 Entre sus negros pliegues ha escondido  
 La lumbré celestial de esos instantes;  
 Siempre la mira el corazon herido  
 Dentro del pecho divagar como ántes;  
 Pero entónces su célica belleza  
 Es rodeada de lúgubre tristeza.

Si, era tan pura i dulce i tan hermosa,  
 Que al contemplarla así nos parecia  
 Que, cual vision aérea, vaporosa  
 Del espacio en la luz se confundia;  
 Si su morada tierna i luminosa  
 En su puro semblante relucia,  
 Alumbrando su tez inmaculada,  
 Cual debe ser de un ánjel la mirada;

Si en su albo seno, puro cual la nieve  
 Latia el corazon quieto i sin brio,  
 Como en el cáliz de la flor se mueve  
 La transparente gota de rocío,  
 Sin que turbara su latido leve  
 Del mundo engañosor el viento frio,  
 Abrazador i dulce como un astro,  
 Cándido cual su pecho de alal astro;

En el suave perfume de las flores,  
 En la alba lumbre del naciente dia,  
 De la luna en los pálidos fulgores,  
 En el triste vibrar de la armonía;  
 Se bebe su recuerdo i los ardores  
 De un placer inefable que extasia,  
 Como en tiempo mas dulce, ail extasiaban  
 Sus ojos cuando lánguidos miraban!  
 Sus ojos! el recuerdo mas hermosos

Los trae a visitar nuestro retiro  
 I entre sus brazos a quedar llorosos  
 Con el vapor ardiente de un suspiro!  
 Pero, ail esos instantes deliciosos,  
 Que paran de la suerte el rudo jiro  
 Solo quedan cual fúljidos jirones  
 De aquel manto de ricas impresiones.

I tras de la delicia i la dulzura  
 Con que un momento al corazon alhagan,  
 Vienen frios raudales de amargura,  
 Que su delirio con tormento apagan.  
 Son lampos fujitivos de luz pura,  
 Que, sin darnos calor, en torno vagan  
 Solo para mostrarnos cuan sombrío  
 Es el lóbrego erial de nuestro hastio!

Perdóname, lector, que me haya estado  
 Hablándote de amor en tanto verso:  
 No me pruebes, quedando fastidiado,  
 Que su recuerdo puede ser adverso.  
 Es preciso dejarlo así pintado  
 Mientras es de la vida el cristal terso,  
 Luego vendrán los encorbados años  
 De arrugas a llenarlo i desengaños.

Ail entónces tornándose en ceniza  
 Padece el corazon frio sosiego  
 I será mui dichoso si divisa  
 Una chispa siquiera de su fuego.  
 Mas, aun mi temor no tranquiliza,  
 Lector, esa disculpa que te alego:  
 Pensando en que estarás enamorado  
 Solo te digo adios mas consolado.

# EL MONASTERIO.

LEYENDA NACIONAL.

1815.

A MI QUERIDO AMIGO DON RAMON HURTADO.

## II.

Es la siguiente noche i una pieza,  
Que alumbrada mitad, mitad sombría  
Dejábala una luz, que en una mesa  
Detras de una pantalla triste ardía.  
Apoyando en el pecho la cabeza  
Un Cristo cerca de ella se veía,  
Que moribundo, al parecer miraba  
Una alba calavera que al pie estaba.

Junto a la mesa i en la parte oscura,  
Apénas se divisa vacilante  
De una enlutada i clerical figura  
El descarnado i pálido semblante.  
Parecia embebido en la lectura  
De un enorme breviario; a cada instante  
Su lectura, no obstante, interrumpia  
I a la puerta su vista dirijia.

Abrióse ésta por fin, i entró sin ruido  
Un alto cuerpo envuelto en una capa,  
Que el rostro por mitad deja escondido  
I un sombrero apuntado al todo tapa.

El clérigo que vió al recién venido  
De su grande sillón presto se escapa;  
Púsose en pie, compuso su becoca  
I dijo: «entrad,» con cortesía poca.

El jóven descubrió una frente hermosa  
Muy mas blanca que el resto del semblante  
A que daba expresión harto orgullosa  
Su arrugado entrecejo; en ese instante,  
Casi en la oscuridad, fija i brillante  
Lucía su mirada penetrante;  
I su boca, que apenas se veía,  
Un espeso bigote la cubría.

Seguíale una jóven, que en su brazo  
Apenas al entrar se sujetaba,  
I él podía sentir cuál su regazo  
De emoción o de susto palpitaba.  
Embargada por tímido embarazo,  
Su mirada del suelo aun no se alzaba,  
Un negro manto desde el cuello suelto  
No dejaba mirar su talle esbelto.

Sus oscuros cabellos, de su frente  
Pasaban delineando la blancura;  
Un suave sonrosado, transparente  
Se extiende apenas sobre su tez pura:  
Sus negros ojos de mirar doliente,  
Rodeados de una sombra medio oscura,  
Prestaban a su anjélica belleza  
Una expresión de lánguida tristeza.

Eran en su mirar tan luminosos,  
Tan cristalinos i húmedos brillaban  
Que, al parecer, sus párpados hermosos  
Una gota de llanto acariciaban.  
Bajo nariz rosada voluptuosos  
Sus nacarados labios se sombreaban,  
I a veces se entreabrían un momento  
Para arrojar su comprimido aliento.

Era Clara esta hermosa, que turbada  
A Ricardo traía a la presencia  
A la vez tan temida i tan deseada  
Del hombre director de su conciencia,  
Cuya mano, por ella preparada,  
Debía derramar en su existencia  
Con su espléndido cáliz aromado  
El bálsamo de amor santificado.

—«Señor; dijo temblando; este es mi esposo.»  
 —«Esperaba, hija mia, tu venida;  
 I hora espero tambien darte el reposo,  
 Que has querido buscar, hija querida.  
 ¿Crées que él hará tu porvenir dichoso?  
 —«Os he dicho, señor, que él es mi vida.»  
 —«Eres bien inocente, i bien hermosa,  
 I mereces la vida mas dichosa.

«I vos, señor, la ámais?» —«Que el'a os lo informe.»  
 —«Sí, bien lo sé. Sois Español?» —«Patriota.»  
 —«Parece militar vuestro uniforme.»  
 —«Soi Capitan.» —«Despues de la derrota,  
 ¿Cómo aquí habeis quedado tan conforme?»  
 —«Nadie lo sabe; i porque no alborota  
 Mi espíritu ese golpe, no me alejo.»  
 El clérigo fruncia el entrecejo.

—«Qué! no temeis acaso ser proscrito  
 I abandonar a vuestra esposa cara?»  
 —«En tal desgracia ahora no medito.»  
 —«I yo le seguiré,» repuso Clara.  
 —«¿He cometido acaso algun delito?»  
 —«Con todo, esa desgracia hora no es rara;  
 Mas cualquiera que sufras, hija mia,  
 Ven hácia mí, que yo seré tu guia.

«Si alguna vez te aflije un desconsuelo  
 Busca sin titubear mi proteccion;  
 Yo te la ofreceré en nombre del cielo,  
 Como ahora os daré mi bendicion.»  
 Al fin oyeron la hora de consuelo;  
 Uniéronse sus manos con pasion  
 I a la solemne voz del relijioso  
 Vieron abrirse el porvenir hermoso.

Cuán dulces son tus frutos, amor santo!  
 ¡Qué bienhechores son! ¡Cómo suavizan  
 Con su néctar las penas, el quebranto,  
 Que contigo en el alma se deslizan!  
 Sonrisas de placer despues del llanto,  
 Astros que brilladores se divisan  
 Despues de la tormenta, mui dichoso  
 Es el que os puede contemplar ansioso.

Oh! sí, feliz de aquel que fuerzas tiene  
 Para afrontar tu enfurecido viento,  
 I que despues sereno se detiene  
 A extasiarse en tu limpio firmamento.\*

Oh! mui dichoso, si a turbar no viene  
 Tu bello espacio un soplo de tormento  
 I ve tan solo en cuanto el ojo alcanza  
 Luces de amor, de dicha i de esperanzal

Esperanzal sin tí no habria vida;  
 Tú naciste con ella i siempre ufana  
 Te busca, cuando acaso dolorida  
 Necesita tu néctar, que la sana.  
 Cuando en el mundo sufre, la convida  
 Tu armonía dulcísima i lejana  
 A tu mansion de paz, siempre suntuosa,  
 Do entre sueños espléndidos reposa.

Deliciosa ilusion! mui venturoso  
 Del que en su alegre corazon te abriga  
 I encuentra en tí consuelos i reposo  
 Despues de la desgracia i la fatiga!  
 Si el suelo ingrato no le ofrece un gozo,  
 Si el fastidio del mundo al fin le ostiga,  
 Tú le sonries siempre i tu mirada  
 Le muestra al fin la çelestial morada.

¡Qué dulce paz, que plácido consuelo  
 Siente en su pecho aquel que tú acaricias,  
 Cuando estendiendo sobre el triste suelo  
 Tu manto de oro, solo das delicias!  
 ¡Perfume santo, arrobador del cielo!  
 A todo en tu alrededor formas ficticias  
 Das, cuando al hombre tu vapor ofreces  
 I en un espacio de ilusion le meces.

Todo en el mundo pasa; el alma triste  
 Ve como todo al tiempo se doblega,  
 I que al dejar la forma que lo viste  
 Solo un recuerdo envuelto en llanto lega;  
 Ese cuerpo de polvo en que ella existe  
 A sumirse en la nada tambien llega:  
 Solo no mueres tú; jamas perdida,  
 Tu misma muerte, vuelve a darte vida.

Dia a dia en ocaso el sol se oculta  
 I cada dia en el oriente luce,  
 I cada vez que nace o se sepulta,  
 Un paso al mundo hácia su fin conduce:  
 Tu luz, que al tiempo destructor insulta  
 Así en el corazon siempre reluce;  
 Perece cada dia i se renueva  
 I así al sèpulcro con amor lo lleva.

Venturoso de aquel que el amor siente,  
 Porque en sentir amor a tí te adora,  
 Que en el mundo una imájen inocente  
 Tienes en la mujer encantadora.  
 Al dar al mundo un corazón doliente,  
 Quiso naturaleza bienhechora  
 Depositar en su primer latido  
 Ese consuelo por haber nacido.

¿Quién se complace de poseer la vida,  
 Quién ambiciona honores i riqueza,  
 Sino para tomarla mas lucida  
 I con ella vestir una belleza?  
 Entónces,] solo entónces es querida;  
 Debe gozarse aun naturaleza,  
 Sin conocerla, en su imperfecta hechura,  
 Al verla engalanar una hermosura.

Pero algunos han dicho que la luna  
 Es la única que ha sido fiel esposa,  
 Pues por prestarle el sol luz importuna  
 I no dejarla a oscuras, no reposa;  
 I los Ejipcios que, sin duda alguna  
 Eran mas sabios en la ciencia hermosa  
 De los astros, que todos los modernos,  
 Al sol representaban con dos cuernos.

I quién sabe si allá en la azul morada  
 Entre el fulgor de las constelaciones  
 Mezcla el amor su llama almibarada  
 Encendiendo no buenas intenciones!  
 O quizás la costumbre continuada  
 De alumbrar tanto tiempo estas rejiones,  
 Les ha dado esos males tan constantes  
 Que sufren los terrestres habitantes.

Pero si aman los astros, sus amores  
 Mui clásicos serán, que la tristeza  
 Nunca se ve en sus bellos resplandores,  
 Empañando su fúljida belleza.  
 No sabrán que es tan dulce en los ardores  
 Del amor consumirse i con terneza  
 Entonar al morir de amor un cántico,  
 Que los preceptos son del buen romántico.

Pero dejemos de mirar al cielo,  
 Que no es dado a los míseros mortales,  
 Misterios ambulantes de este suelo,  
 Comprender los misterios celestiales.

Si el alma va a su bóveda su vuelo  
Seria imperdonable, si los males  
Quiere buscar allí, que aquí padece,  
Cuando todos los bienes nos ofrece.

I volvamos mejor al casamiento.  
Nuestros Ricardo i Clara al fin gozaron  
Ese placer ansiado, ese contento  
Porque tan infelices suspiraron.  
¿Cómo al darse la mano, ese momento  
En su amor abrasados no espiraron?  
Yo concibo que solo no lo hicieron  
Porque cortar mi cuento no quisieron.

Oh! yo he visto, lector, sí, muchas veces  
I tú tambien, amantes tan dichosos,  
Que apuran al morir de amor las heces.....  
De las novelas en algunos trozos.  
¡Cuántos deleites, ai! amor, no ofreces,  
Cuántos éxtasis dulces, deliciosos,  
Si una mano suavísima estrechando,  
Haces salir el alma suspirando!

*Feliz quien junto a ti, por ti suspira,*  
Como decia Safo, que inspirada  
Pintó el placer del que en union se mira,  
I ella estaba a esos factes habituada.  
Eso no es cosa rara; lo que admira  
Es, que siendo mujer, la retirada  
De un amante, la abriera tal herida  
Que en Leucades la hiciera dar la vida.

Hervina sublime! ai! es mui triste  
Mirar esos ejemplos de ternura,  
Cuando el amor que se usa i que hoi existe  
No inflama de ese modo a la hermosa!  
Ni yo lo exijo; solo como diste,  
Por sacarlo del mundo con ventura,  
A Francisco Segundo una María,  
Siempre, amor, que las dieras desearia.

Pero ha de ser allá, cuando la vida  
De fastidiar al hombre esté causada;  
Antes que con eterna despedida  
Ambos se vayan a buscar la nada;  
Que venga entónce una mujer querida,  
Que el cielo le haga ver en su mirada,  
Que a hacer el viaje lúgubre le exorte  
I en un beso le dé su pasaporte.

I no es aquesto que al amor propongo  
 Ni torpe, ni sacrilego deseo;  
 Porque al decirlo así tambien supongo,  
 Que ántes le haya alumbrado el himeneo,  
*In extremis* por eso es que le pongo;  
 Como el amor es tan brillante, creo  
 Que lucirá mejor su luz querida  
 En el pálido ocaso de la vida.

Aunque toda es tan lúgubre! ai! apéna  
 Nuestros primeros pasos hemos dado  
 En su templo sin luz, do no resuena  
 El ruido entre las sombras apagado;  
 Cuando la yerta mano de la pena  
 Aprieta el corazon, que aspira ahogado  
 El helado soplado de su ambiente,  
 Que con lágrimas húmedo se siente.

I cada vez que en su fangoso suelo  
 Incierto el pie, con turbacion se posa,  
 Se abre una tumba, do en eterno hielo  
 Una ilusion para jamas reposa.  
 Si alguna vez un rayo de consuelo  
 Pasa a través de su techumbre humbrosa,  
 Lo oscurece, lo borra en el momento  
 La nube que sombrea el firmamento.

Su viento en que se envuelven los dolores,  
 Suaviza alguna vez la brisa tibia,  
 Que exhalan los placeres, los amores,  
 I que un instante al corazon alivia;  
 Mas ni el eterno sol con sus ardores,  
 Tan vivos como son, jamas entibia  
 I desde que lo alumbra yace el mismo,  
 Del mar inmenso el entumido abismo.

Desde el albor de su primer mañana,  
 Entre inciertos acordes de alegría  
 Del corazon la fúnebre campana  
 Hace escuchar sus sonos de agonía.  
 En vano en su carrera la engalana  
 Con dichas la ilusoria fantasía;  
 Todo cede a su peso, la edad misma  
 Le talta al fin i por jamas la abisma.

Oh! cuán feliz sería si hechicera  
 La pudiese durar siempre la infancia!  
 Si esa dulce i dichosa primavera  
 Del dolor mitigára la constancia;

Si aspirara en su rápida carrera  
De las flores que mira la fragancia;  
Si el mundo no le diera, al contemplarlas,  
El martirio de verlas sin tocarlas.

Oh! el deseo!... irónica sonrisa  
Del semblante glacial de la impotencia  
Bajo cuya alegría se divisa  
Un infierno de lóbrega dolencia!  
Guzano mordedor que martiriza  
Con sus agudos dientes la existencial  
Sin su funesto soplo, paz i calma  
Solo vogaran en el mar del alma.

Luego, ai! del corazon-en el momento  
En que su sed rabioso se ha saciado!  
Mira entónces su rostro macilento  
Lleno de llanto o con fastidio airado;  
I despues cuando el frio pensamiento  
Su mirada dirige a ese pasado  
Envuelto en tan estúpido delirio,  
Es mui desesperante i cruel martirio!

¿Pero a qué hablar tan sério de la vida,  
Que no es mas que una pérfida coqueta?  
A veces quejumbrosa, dolorida,  
Su pálido semblante nos inquieta;  
Otras, de hermosas galas revestida,  
Del amor con la espléndida careta,  
Nos viene a acariciar falaz i bella;  
Pero siempre es mejor reirse de ella.

I bien visto tambien en cuerpo inerte  
Convertirse, lector, mucho mas vale;  
Entónces uno no habla i a esa suerte  
No existe en este mundo otra que iguale.  
A mas está probado que es la muerte  
El pedestal mas alto en que se sale  
Del universo al círculo a exhibirse:  
Nadie ha sido grande hombre sin morirse,

Mas tampoco de muerte aquí se trata,  
Sino de vida i vida mui dichosa:  
Aun no hai nada triste i se dilata  
Por eso mi leyenda demorosa.  
Esto es mui natural: de antigua data  
Es que se rie sin por qué la hermosa.  
Así pues el lector no se sorprenda,  
Que tambien femenina es la leyenda.

I veamos otra vez el casamiento,  
 Dicha por nuestros héroes tan querida,  
 I que es quizá el único momento  
 De divino placer que hai en la vida.  
 Siempre vuelvo a lo mismo! qué tormento!  
 Digresionar, lector, no se me olvida:  
 Siempre me quedo ante el amor estático!  
 Estoy por creer que en esto soi maniático.

Mas lo decia porque siempre creo,  
 Aun sin ser visionario moralista,  
 Que ese de aqueste mundo es el recreo  
 Que de los del Paraiso menos dista.  
 Mi pareja ocupada en ese empleo  
 En mi asercion matrimonial me asista;  
 Pruebe al lector que hai en este mundo  
 Un placer en delicias mas fecundo.

Ella, que suspendida en los ardores  
 De su pasion, con ojo delirante  
 Contempla el dulce mar de los amores  
 Sin olas ni horizonte huir delante.  
 El perfume no mas de sus vapores  
 El ambiente les trae en ese instante,  
 Que siendo su bajel los acaricie  
 Al cruzar su azulada superficie.

No te diré, lector, no, su partida,  
 Ni como al verse solos se estrecharon,  
 Ni contaré esos astros de la vida,  
 Quiero decir, los besos que cambiaron;  
 Ni toda esa locura apetejada  
 Que con tanta ansiedad, tanto desearon  
 I en que, de gozo henchidos, hoi no caben:  
 Dios i la soledad i ellos lo saben!

Dejémoslos partir, no detengamos,  
 No, con palabras, su feliz carrera;  
 Como ellos extasiados no sintamos,  
 Que con su suavidad es tan lijera!  
 Contemplémoslos huir hasta que veamos  
 Alguna nube en su luciente esfera;  
 I no sientas, lector, rabia o despecho  
 Porque no te hago ver su nupcial lecho.

Eso podria serte mui dañoso;  
 Pues no se ha de mirar mas que en la infancia,  
 Cuando el hombre en amor no es ambicioso,  
 Ni al prójimo desea la inconstancia.

Mas somos dos, tú i yo, no es peligroso;  
 Entremos pues en su dichosa estancia.  
 Clara está sola; mírala, a la lumbre,  
 Pálida i triste mas que de costumbre.

¡Cuánto en algunos días ha sufrido!  
 Las nocturnas salidas de su esposo,  
 Que se habian por ella interrumpido  
 Han vuelto a perturbarla su reposo.  
 Su objeto conocer no ha conseguido;  
 Si ella pregunta un beso delicioso  
 Hace expirar la voz entre sus labios  
 I del rencor la endulza los agravios.

De los celos, con todo, el agrio diente  
 Se ha hincado de su amor en la honda herida,  
 I con furia razgándola inclemente  
 Empapa en sangre su preciosa vida.  
 No puede comprender su alma inocente  
 Que tanto pueda amar sin ser querida;  
 I de su corazon el cruel quebranto,  
 Sale a su rostro convertido en llanto.

Oh! mírala en su lecho recostada,  
 ¡Cuán cristalino brilla i titubea  
 En su mejilla blanca i descarnada,  
 Que su pestaña lánguida sombrea!  
 ¡Que linda está, lector! mas, qué cambiada!  
 ¡Como sus cejas el dolor arquea!  
 ¡Como su dulce seno comprimido  
 Surje bajo su cándido vestido!

Entre sus pliegues vese su figura,  
 Apenas delineándose hechicera,  
 Como si en una nube blanca i pura  
 Sus tesoros preciosos envolviera.  
 En torno suyo turba la blancura  
 Solo su hundosa i negra cabellera,  
 Que busca los contornos de su seno,  
 Como a su corazon buscó el veueno.

Al verla aletargada en su tormento  
 I bella aun sufriendolo, parece  
 El mas puro i celeste pensamiento  
 Que en brazos del deseo se adormece:  
 Sí, aérea, espiritual como su aliento,  
 Que sus cabellos lánguido estremece,  
 I que al pasar por su rosada boca,  
 Sus dulces labios con delicia toca.

La ténue claridad de la luz triste  
 Suave se extiende por su cuerpo hermoso,  
 ¡ con nublado resplandor lo viste,  
 Cual del deleite el manto voluptuoso.  
 Su pecho que al dolor ceder resiste,  
 Al alzarlo un suspiro doloroso  
 Parece rechazar esa luz tibia,  
 Que de su hielo al corazón no alivia.

Mui sangriento el puñal es que la ha herido;  
 En vano, ai! arrancarlo, en vano espera;  
 Cada instante con hiel queda esculpido  
 Del corazón en la enlutada esfera.  
 Su esposo.... hace un momento que ha salido  
 ¡ la última caricia que la diera  
 En mas dolor su corazón anega,  
 Haciéndole pensar las que le niega.

Ese tormento roedor ¡ mudo  
 Siente en su pecho con dolor hundirse,  
 Qué, sin poder vencer su dardo agudo,  
 Obliga al corazón a maldecirse,  
 Furioso soplo de uracán sañudo,  
 Sin poder a su fuerza resistirse,  
 Lo arrastra en la tormenta de la vida,  
 Como a la honda en la mar enfurecida.

Mira, lector, tranquila se levanta,  
 Desplega su vestido de alba nieve,  
 ¡ por su talle, de belleza tanta,  
 Su sedoso cabello en ondas llueve.  
 Avanza apenas su liviana planta  
 ¡ anda en silencio, cual fantasma leve,  
 Que un espacio de amor hiende risueño,  
 A la dudosa luz de dulce ensueño.

Ni siquiera, lector, nos ha mirado  
 Con sus ojos en lágrimas deshechos:  
 Va a perseguir los pasos de su amado  
 ¡ conocerlo en sus traidores hechos.  
 Irresistible amor, amor malvado,  
 A qué no obligas los mortales pechos!  
 Dijo el viejo Virgilio; lo que prueba  
 Que el amor hizo siempre cosas de Eva.

¿La seguimos lector? Es mui obscura  
 La noche, ni una estrella se divisa.  
 El que goza de amores la dulzura  
 Solo con noche tal no se horroriza;

I, aunque tengas tambien esa ventura  
 Para ir con Clara no nos corre prisa.  
 Descansa, lector mio; yo no dudo  
 Que para verte luego hoi te saludo.

FLORIDOR ROJAS.